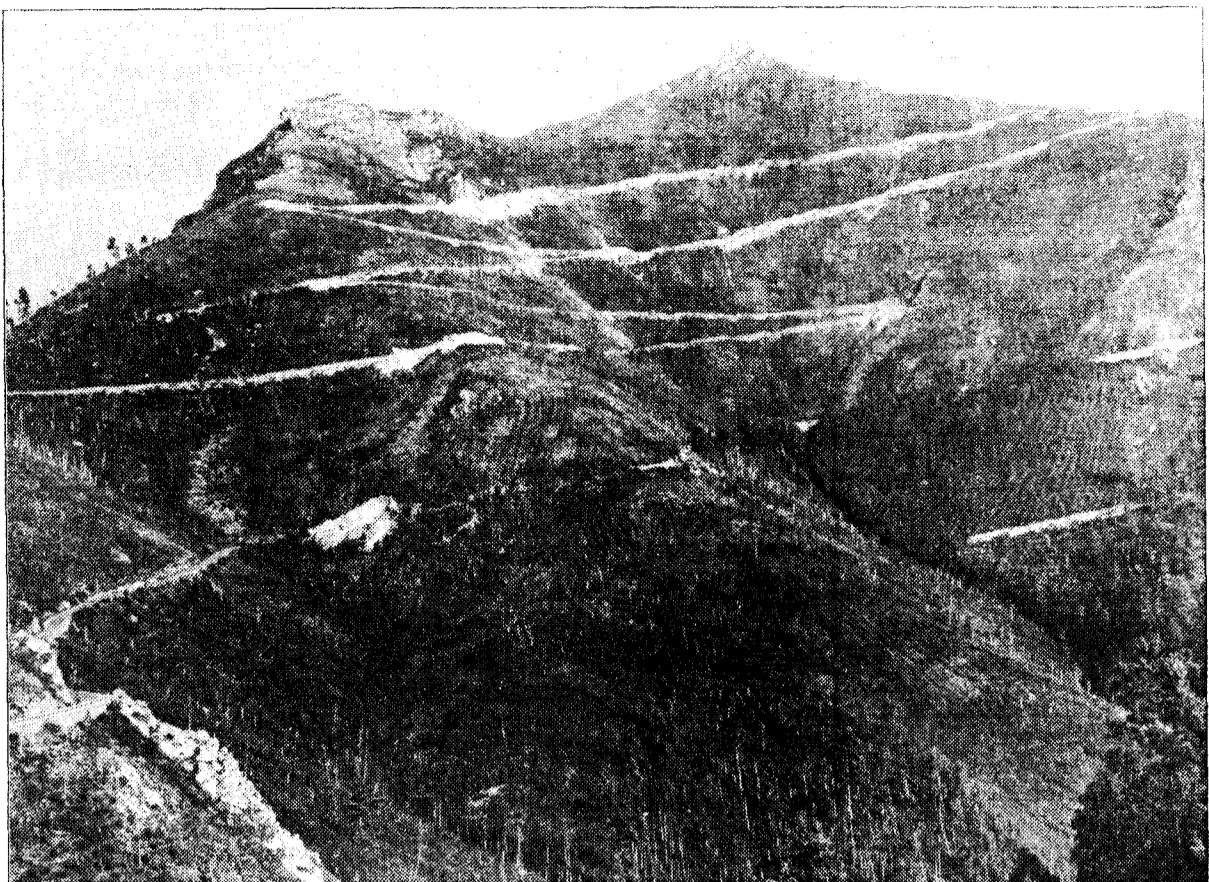
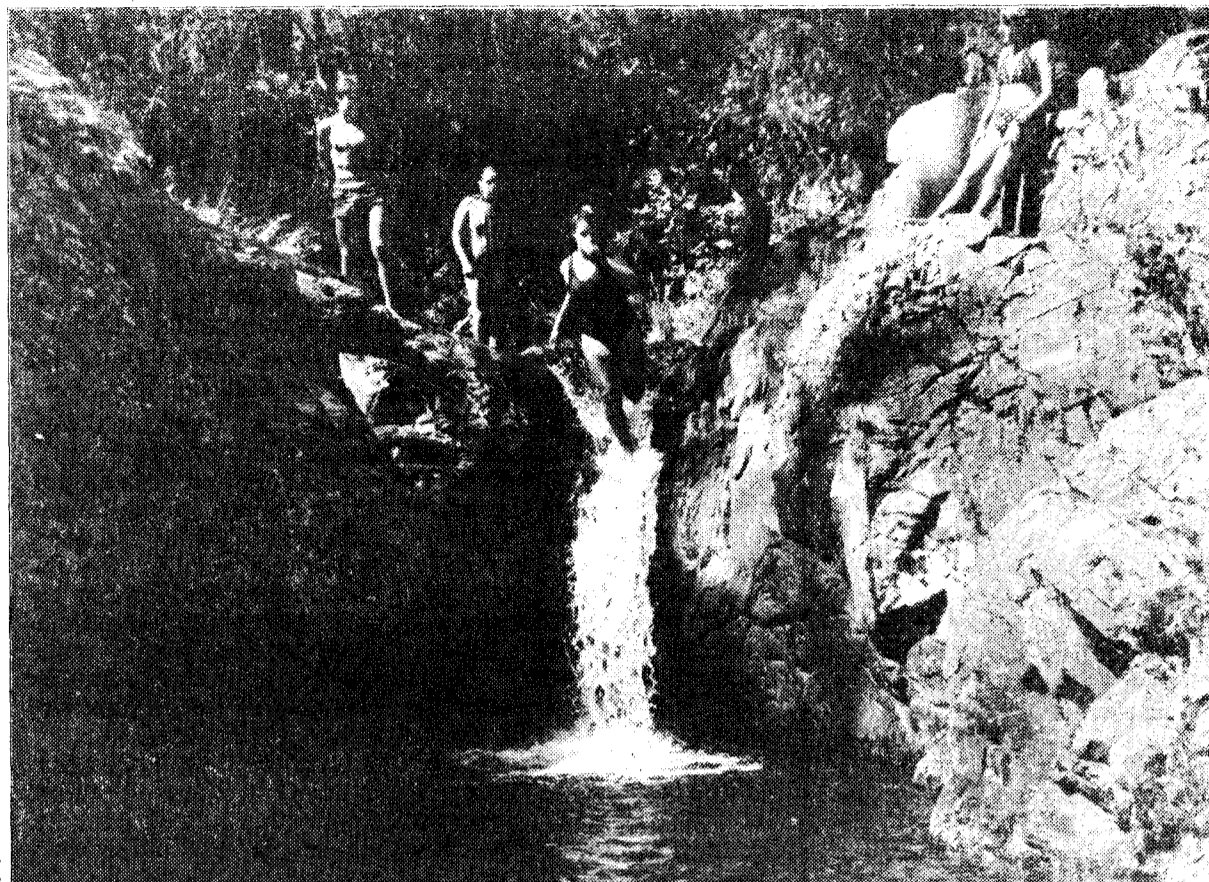


VERANO DEL 89 / Rutas del fin de semana



La carretera de Boal a Allande se dibuja en la montaña y produce escalofríos al conductor.



Arbón dispone del pozo de un molino que los más jóvenes de la zona usan para sus baños veraniegos.

El concejo, uno de los menos frecuentados del occidente asturiano, se descubre como una zona de paisajes privilegiados

Villayón, desahogo y paz por la senda del Navia

Villayón, Jorge JARDON

Villayón, rodeado por siete concejos, tal vez debido a su aislamiento, es uno de los lugares menos frecuentados de todo el occidente asturiano. Carece de la leyenda de los Oscos y no se ha visto favorecido por ninguna promoción turística, pero es una zona que no debe quedar en el olvido de quienes se precien de degustadores de paisajes.

Tal vez por haber formado parte del concejo naviego hasta el pasado siglo sea la carretera que parte de Navia la más cómoda para subir a Villayón. Después de varios kilómetros sobre la margen derecha del Navia y en cuanto se pasa Cacabellos, es San Pelayo el primer pueblo del concejo que se encuentra en esa ruta. Son unas pocas casas, algunas señoriales, otras demasiado modernas, pero en ambos casos las flores y la vegetación en torno a ellas dan al pueblo aire de aldea confortable y amena.

El camino hacia Arbón está cargado de sorpresas. Un ligero desvío en la misma carretera permite bajar el embalse de Arbón y hacer una visita rápida sin necesidad de apearse del automóvil. Todo el valle de Arbón, ya una vez que se llega al pueblo, ofrece

una estampa primorosa de acierto y de paisaje humanizado por el hombre. A la bajada de Arbón, siguiendo la carretera, a la mano derecha, aunque disimulados por la vegetación, existe lo que podríamos llamar «un área recreativa salvaje».

Tres molinos abandonados, uno en bastante buen estado, con su correspondiente pozo y sus regatos sin fin, merecen una visita. Desde siempre, son lugar de baños de los crios de la zona. Tienen una profundidad de entre cinco y seis metros, lo que permite lanzarse sin temor al fondo. Siguiendo la carretera, la cola del embalse, flanqueada por dos montañas y multitud de eucaliptos recuerda una postal canadiense.

La subida hacia Villayón se hace por una carretera amena. En un primer tramo la vegetación es aún abundante y suaviza el camino. El panorama cambia a medida que se asciende y las montañas desnudas y secas ya no se apartan de la vista hasta que uno llega a la plaza de Villayón. No es un pueblo nada monumental, pero vale la pena bajar por la calle que lleva a la iglesia, a una fuente y al cementerio. Es un paseo apacible, agradable, entre casas de auténtico sabor y el olor de algunas cua-

dras. Se dice que en Villayón se puede comprar una carne excelente y que cuantos van de paso por allí, tienen como costumbre cargar de carne para sus casas y para atender encargos de amigos. Carrio es el siguiente núcleo importante con el que uno se encuentra. Poco antes, el viajero puede rectificar su ruta y tomar una desviación que lleva a Navelgas. En Carrio, lo más notable es la capilla del pueblo. Es tan mínima que quizá no entren en ella más de siete personas en cierta holgura.

De todas formas, decía un vecino, «para la gente que va a misa es grande de sobra». Pronto se encuentra uno con nuevas disyuntivas. Una carretera de reciente construcción permite desviarse a Pola de Allende o, por el contrario, proseguir hasta enlazar con Boal, que es en definitiva la meta de hoy.

A medida que se sigue subiendo, la carretera que lleva a Pola de Allande, que se dibuja en la montaña de enfrente produce escalofrío. Además de estrecha, presenta una verticalidad exagerada y llega a confundirse entre las numerosas tajaduras que rodean la montaña. De paso, puede hacerse un desvío a Illason, apenas dos kilómetros, un pueblo

como otros muchos, pero con el aliciente de que se puede visitar su pequeño castro. Valdedo es el siguiente núcleo importante en la ruta.

Ochenta vecinos

Choca que una población de unos ochenta vecinos pueda dar vida a los tres bares que hay en el pueblo. Y curiosamente, se observa en toda la ruta que estos establecimientos tienen todos nombre de hombre.

Casa Sergio, Nito, Guillermo, Fonso, Marcos, Agustín, son nombres tomados a lazo entre los muchos bares que se encuentran en esta ruta montañosa. Después de Villayón, la capital, es Pontiviella el núcleo que ofrece mayor sensación de importancia. Destaca pronto la iglesia, la construcción más desafortunada del pueblo.

Señalan los vecinos que había una iglesia primitiva que valía la pena haber conservado, pero que debido a su estado ruinoso se apuró su demolición antes de que los organismos oficiales actuaran para impedirlo.

Salvo la iglesia, el resto del pueblo es agradable y se nota que tuvo una importancia que quizá hoy haya disminuido. A medida que se desciende hacia

Boal, el paisaje vuelve a recordar verdor y profundidad. En terrenos de Boal, lo primero que se ve es Lendeiglesia, que llama la atención porque están en obras casi todos los tejados de las casas.

«Es que como estamos todos jubilados» decía Gerardo Rodríguez, «todos disponemos de dinero para hacer arreglos; y eso que tenemos que traer la pizarra de Astorga».

El grupo de casas, que se extiende hacia el Navia, forman un conjunto armónico y adquieren una importancia tal vez superior a la realidad. Dice el recurrente interlocutor que «Lendeiglesia es un pueblo en paro. Los viejos estamos jubilados y los jóvenes no quieren dar golpe».

Con dinero y estudios

Vienen después Sampol, Castrión y el puente sobre el Navia. Un grupo de turistas comentan las excelencias del lugar. Amarradas bajo el puente, hay varias chalanas con aspecto de ser de todos, que dan una nota de color a la melancolía del rincón. A Boal se llega pasando por Prelo, famosísimo en otros tiempos por balneario. Todavía al pasar se puede ver la

casa central imponente y en un estado de conservación más que aceptable. Parece que se adivina en el ambiente un pasado esplendoroso, de visitantes con dinero y con estudios, que jugaban al gran mundo en las aguas de Prelo. Boal sigue conservando casas de indios muy visibles. Merece la pena pasear un rato por las calles de Boal, porque el desahogo, y la sensación de paz son totales.

La bajada de Boal por Penouta, Rozadas y Lagar para acabar en Vegadeo puede ser el complemento ideal de la ruta. En el alto de Penouta, lugar de nieves y de repetidores de televisiones y radios, siempre se puede pescar alguna panorámica excepcional sobre la zona costera y buenas instantáneas sobre vacas gigantes y caballos que se cruzan en la carretera.

Algunos, al llegar al Gumio, suelen tomar un desvío a la izquierda para visitar a Amparo, «la bruja de Brañavara», una mujer que, según cuentan, recorre los caminos durante la noche con una vela encendida y va hablando con los muertos. Tiene tanta fama, que casi no hay una sola casa en la comarca que no haya acudido a buscar remedio al mal de ojo.

Actuó en el auditorio de La Exposición (Avilés) ante numeroso público, que quedó entusiasmado

Julio Sabala, el hombre de las mil caras que imita a los cantantes más famosos

Avilés, Horacio G. ARECES

En pocas ocasiones las voces de cantantes de primera fila mundial, caso de Julio Iglesias, Frank Sinatra, Mickael Jackson, Steve Wonder, Prince, resonaron en un escenario tan poco acorde como el del pasado fin de semana en el auditorio de La Exposición de Avilés. La presencia de Julio Sabala permitió al numeroso público asistente disfrutar de un espectáculo precedido de una gran fama y que desde luego no defraudó.

Durante cerca de dos horas, por el escenario fueron apareciendo figuras del mundo de la canción, cuyas imitaciones rozaron unas grandes dosis de realismo. Un público que salió muy satisfecho del espectáculo a pesar de las condiciones inadecua-

das del local, que obligaron a suspender la función de las ocho y media de la tarde del domingo, debido a que las condiciones de claridad, impedían la visión de las imágenes en la pantalla gigante de vídeo.

Anunciado como el mejor imitador del mundo, Julio Sabala ha conseguido en sólo tres años de dedicación al mundo de la imitación forjarse una carrera artística propia que le hace olvidarse de momento el plantearse esa carrera como cantante solista, ya que «hemos hecho de la carrera de imitador algo tanto o más rentable que la del propio cantante solista. Incluso, en muchos momentos, más cotizado que el propio cantante a imitar». Una imitación que en su opinión no resta protagonismo a su propia identidad personal como

artista, ya que «lo bonito está en que yo siempre sepa sobrellevar esas dos cosas, y que cante en serio o en broma en un momento dado o que imite al personaje».

Una imitación a cantantes como innovaciones sobre el escenario «están siempre en relación con las propias novedades generalmente artísticas que ocurren con el personaje, bien que editen un nuevo disco, lancen un videoclip, etc». Julio Sabala considera que «el imitador de cantantes es alguien que nace con esas cualidades, ya que imitar gestos lo puede hacer prácticamente todo el mundo, no así las voces que requieren unas cualidades particulares. Imitar las voces de personajes es algo más complicado que lo que puede parecer a simple vista».

Junto a los mencionados anteriormente, Juan Manuel Serrat, Dyango, Pimpinela, Bertín Osborne, José Luis Rodríguez «El Puma», Miguel Bosé, Alberto Cortez, Raphael, Roberto Carlos, Javier Gurruchaga, y Víctor Manuel completan la lista de cantantes objeto de imitación.

«Algunos se lo toman mal»

Variedad de estilos musicales, de voces y, también, de modos de asumir su imitación. Julio Sabala comenta sobre este aspecto «lo mal que lo toman algunos como Raphael, Julio Iglesias o Miguel Bosé, aunque ahora con el tiempo, lo van asumiendo y ya no tenemos problemas». La dificultad a la hora de imitar «viene marcado principalmente por su timbre de voz y de lo alejado



Julio Sabala.

que esté del mío. Así, por ejemplo, Michael Jackson lo tiene muy lejano y es más difícil que el de Roberto Carlos o Serrat».

Además de sus dotes para imitar las voces destacan también su facilidad para ganarse al público con los chistes sobre temas de actualidad como Isa-

bel Preysler, Marta Chávarri, o «políticos con el título de mejor ventrílocuo de España como Alfonso Guerra, por lo bien que maneja a Felipe González sin que nadie se entere».

En su corta carrera artística este dominicano de 28 años tiene contratados los próximos dos años, con actuaciones en Japón o el Casino de Las Vegas, tras haber actuado en Broadway o el Madison Square Garden de Nueva York. Sin embargo, no descarta buscar otros campos artísticos «en el mundo de la televisión con un programa propio o una incursión en el mundo del cine con una película. Lo único que busco es realizar todo tipo de actividades polifacéticas que permitan al gran público conocerme como un "showman"».

Junto a la despedida con Víctor Manuel, destacó, especialmente, el dúo Steve Wonder-Julio Iglesias, con la presencia del español universal en directo y el vídeo del americano en la pantalla gigante que acabó por complacer al público que llenó el recinto.